

La revolución sexual de los sesenta: una reflexión crítica de su deriva patriarcal¹

Ana de MIGUEL ÁLVAREZ

Universidad Rey Juan Carlos
ana.demiguel@urjc.es

Recibido: Mayo 2015

Aceptado: Junio 2015

RESUMEN

El artículo plantea una revisión crítica y desde el punto de vista feminista de la llamada revolución sexual de los años sesenta. En primer lugar se reconstruyen las aportaciones de dos autoras tan centrales como Kate Millett y Sulamith Firestone. Estas dos autoras pusieron ya de manifiesto los sesgos patriarcales y capitalistas de la nueva normativa sexual y mantuvieron que una liberación “a medias” podía suponer una mayor cosificación y mercantilización de los cuerpos de las mujeres.

En segundo lugar se relata la dura lucha por la redefinición de la sexualidad que tuvo lugar a partir de los años ochenta: la constitución de un frente antipornografía y antiprostitución y su derrota por la nueva visión neoliberal de la sexualidad. Por último se reivindica la vuelta a una visión crítica de algunas de las consecuencias actuales de la deriva patriarcal de la revolución sexual.

Palabras clave: Revolución sexual, prostitución, pornografía, guerras del sexo

The Sexual Revolution in the Sixties: A Critical Reflection on its Patriarchal Drift

ABSTRACT

The paper undertakes a critical review from a feminist standpoint of the so called Sexual Revolution in the sixties. In first place, the contributions of significant authors such as Kate Millet and Sulamith Firestone are reconstructed. These two authors already highlighted the patriarchal and capitalist bias of the new sexual normative and stated that a 'halfway' liberation could mean women's bodies being treated even more as objects and commodities.

Secondly, this article describes the hard struggle for redefining sexuality that took place after the 80's. The constitution of an anti-pornography and anti-prostitution front and its defeat by the

¹ Este trabajo se ha realizado en el contexto de un Proyecto de Investigación de la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación I+D+i (Ministerio de Economía y Competitividad), *Presupuestos filosóficos e implicaciones normativas de dos discursos antagónicos sobre la prostitución: el abolicionismo y el reglamentarismo* (FFI2012-37366).

new neoliberal view of sexuality; and it finally claims for the return to a critical approach regarding some of the present consequences of the patriarchal drift of the sexual revolution.

Key Words: sexual revolution, prostitution, pornography, sex wars

1. LOS RADICALES AÑOS SESENTA

Los sesenta fueron años de intensa agitación social y política. Por primera vez en la historia los jóvenes se levantan como un sujeto político que somete a crítica la democracia formal y el *American Way of Life* estadounidense. Los hijos de los años dorados del capitalismo rechazaron un bienestar que se producía a costa de la explotación de otros países, otras razas, otras personas.. Haz el amor y no la guerra fue, en síntesis, el lema de una juventud que quería vivir de una manera más auténtica las relaciones personales. Drogas, sexo y rock and roll fue la tríada que reflejaba el rechazo a la rutina de pasar la vida en el trabajo asalariado de 9 a 5 y la sentida búsqueda de experimentación con nuevas emociones, sentimientos y sensaciones. Los jóvenes también condenaron y rechazaron el modelo de vida de la familia americana. Un varón sustentador, una esposa ama de casa que horneaba pan y galletas a diario. Novelas y películas de la época han dejado amplia cuenta de lo que suponía para los jóvenes enterarse de la doble moral sexual que presidía, en realidad, la vida de sus dulces hogares. Los padres podían tener amantes e ir con prostitutas, “echar una cana al aire”. De las madres se esperaba que hicieran la vista gorda y aceptaran el orden sexual patriarcal. Pero algo terminó rompiéndose en estas mujeres que comenzaban a somatizar su descontento en diversas patologías físicas y que comenzaban a hablar de la necesidad de “realizarse”. La teórica feminista Betty Friedan fue una de las primeras en constatarlo y relatarlo, lo denominó “el problema que no tiene nombre”².

El planteamiento feminista de la sexualidad vendría de la mano del feminismo radical y de los grupos de autoconciencia³. Los grupos fueron el lugar idóneo para que las mujeres comenzaran a hablar de un tema *privado*, para que comprendieran que la sexualidad era *política*, no era algo ajeno a su opresión y tampoco podría serlo a su proyecto de emancipación. El feminismo de los sesenta retomó con firmeza la crítica a la doble moral sexual que habían desarrollado las sufragistas y socialistas del siglo diecinueve⁴. Otra de sus posiciones más emblemáticas fue la de desvincular la sexualidad de la reproducción. Este tema se centró en el desarrollo de una ginecología

² Cfr. Betty Friedan, *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2009,

³ Amelia Valcárcel ha escrito de los grupos de autoconciencia: “El movimiento feminista debe tanto a estas obras escritas como a una singular organización: los grupos de encuentro, en que sólo mujeres desgranaban, turbada y parsimoniosamente, semana a semana, la serie de sus humillaciones, que trataban de comprender como parte de una estructura teorizable” citado en *Sexo Y filosofía*, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 45.

⁴ Cfr. Ana de Miguel y Eva Palomo: “Los inicios de la lucha feminista contra la prostitución: Políticas de redefinición y políticas activistas en el sufragismo inglés”, *Brocar. Cuadernos de investigación Histórica*, nº 35, 2011.

no patriarcal, en el fuerte impulso a los centros de planificación familiar y en la lucha a favor del aborto. Otro tema importante fue la denuncia de una sexualidad hecha por y para varones. Libros, estudios y reportajes denunciaron la decepción de muchas mujeres con las relaciones heterosexuales dominantes. Dijeron en voz alta que, a menudo, no disfrutaban con las relaciones sexuales al uso, que no tenían orgasmos y que no se veían reflejadas en las imágenes sexuales que veían en las películas, mucho menos en la pornografía. El *Informe Hite* sobre la sexualidad femenina sería una de las consecuencias más conocidas de esta vertiente de la revolución sexual⁵. Las mujeres pusieron en un primer plano de sus conciencias el derecho a sentir placer y experimentar orgasmos. Otra característica, de muy diferente índole, pero muy importante para las mujeres fue la de terminar con la conspiración de silencio y poner en primer plano el tema de la relación entre sexualidad y violencia: abusos, acosos, violaciones. Una última característica de aquella insumisión a la sexualidad dominante, tal vez la más revolucionaria, fue la de plantear abiertamente el tema de la atracción sexual entre mujeres. El feminismo cuestionó la invisibilidad y la estigmatización de las lesbianas y numerosas lesbianas formaron parte del núcleo teórico y la militancia feminista. .

Alicia Puleo, en su obra *Dialéctica de la sexualidad* ha señalado la década de los sesenta como el momento en que la filosofía vuelve su mirada a la sexualidad en busca de respuestas. Por un lado se va tematizar la sexualidad en su relación con el poder y el control, pero sobre todo como un lugar de realización, incluso de salvación para el ser humano. Un lugar de cobijo y rechazo de la lógica instrumental y del beneficio. Pero también ha relatado cómo esas esperanzas comenzaron a frustrarse por los sesgos patriarcales que adquirió la revolución sexual⁶. Uno de ellos, bien conocido, implicó la conversión de las mujeres en objetos sexuales y objetos de consumo ligados al mercado capitalista. Proliferaron revistas tipo *Playboy* y *Penthouse*, pero también las revistas y periódicos que mezclaban temas “serios” con mujeres desnudas. Esto, cosas de la vida (patriarcal), se entendía que era progresista. En nuestro país, al finalizar la dictadura, también se reprodujo la ecuación mujeres desnudas y libertad. No es una broma.

Sin embargo, las feministas de la época no se caracterizaron por reír las gracias a la industria de la cosificación y sexualización de las mujeres. Lo mismo denunciaban el concurso de Miss América, poniendo a una oveja a desfilarse, que difundían una visión crítica de la pornografía. Ahí están las fotos de las activistas, vestidas de negro, de brujas quemando las revistas porno en vistosas hogueras. Por su parte, las teóricas desarrollaron el aparato crítico del feminismo radical para analizar la dimensión patriarcal de la revolución sexual.

⁵ Shere Hite, *El Informe Hite, Estudio de la sexualidad femenina*, Editorial Punto de Lectura, 2002.

⁶ Cfr. Alicia Puleo, *Dialéctica de la sexualidad*, Madrid, Cátedra, 1992.

2. KATE MILLETT: LA IDEOLOGÍA DE LA INFERIORIDAD SEXUAL DE LAS MUJERES

Kate Millet, la autora de *Política sexual*, entroncando con la tradición de Alejandra Kolontai, acude a la literatura contemporánea para diseccionar la nueva normativa sexual. Vamos a centrarnos en su análisis de la obra de Henry Miller, reconocido como uno de los grandes portavoces y mártires de la revolución sexual⁷. Para Millett las novelas de este americano afincado en París no tienen nada de revolucionario pero sí algo novedoso: expresan de forma clara y precisa el desprecio y la violencia con que *la mujer* y su sexualidad son tratadas en la sociedad. La clave del éxito de Miller es que inaugura una nueva forma de expresar y legitimar la inferioridad femenina. En los tiempos modernos que corren ya no es posible legitimar la desigualdad en términos de la inferioridad intelectual o moral de las mujeres. Sería poco *cool*, eso queda, en todo caso, para el pensamiento conservador. Miller, el progre, marca la diferencia y la desigualdad mediante las descripciones de la vida sexual entre hombres y mujeres.

El protagonista tipo de sus novelas, *su alter ego*, es un varón depredador sexual pero ¡ajo! también un maravilloso canalla, artista y bohemio, antiburgués. Sus obras nos ofrecen una renovada imagen de las mujeres como seres pasivos, manipulables y siempre complacientes. Su fin es resaltar la superioridad masculina, el dominio de sí mismo y de las mujeres de este nuevo viejo modelo de masculinidad. Las mujeres que Miller va encontrando y follando para pasar el día –un día sin un buen polvo gratis y “arrancado” a ese género tonto y baboso que son las mujeres es un día desperdiciado– son las “idénticas” de las que hablara Celia Amorós⁸. Las mujeres de sus novelas, en general, no es que no tengan proyecto de vida, es que no tienen nada que hacer salvo esperar que el protagonista llegue a menearlas un poco de su vegetativo estado vital. En general están medio tumbadas, adormiladas o borrachas cuando van a ser sorprendidas por el admirado “hombre nuevo” que sí llega con un proyecto verdaderamente humano: conseguir “un coito verdaderamente impersonal”.

Esta conceptualización de las mujeres desecha a las “mujeres madre” para reivindicar a las mujeres objetos sexuales, su misión es estar por ahí con poca ropa para resaltar la superioridad masculina. Los hombres siempre están con la ropa puesta. Se bajan un poco los pantalones porque es estrictamente necesario para sacar su “arma” o su “hacha”, que si no ni lo harían. La superioridad del varón ya no es la del guerrero, ni la del ciudadano ni la del varón proveedor, es la del varón follador.

Millett también ha señalado que en esta versión de la sexualidad masculina no se

⁷ Cfr. Kate Millett, *Política Sexual*, México, Aguilar, 1970, parte III. Nos referimos a Miller como un mártir porque sus obras fueron censuradas durante un tiempo en Estados Unidos. Más tarde pasaría a convertirse en un autor consagrado y de referencia.

⁸ Celia Amorós habla de “los iguales y las idénticas” para marcar la desigualdad ontológica que subyace a la exclusión histórica de las mujeres de la ciudadanía democrática.

busca tanto el placer erótico como el placer de la humillación de “la mujer”. Las mujeres, con sus ojos de carneras degolladas, gimen o gozan de forma que busca dar vergüenza ajena. Se retuercen como anguilas, se les cae la baba. “La mujer ideal de Miller es una puta” razona Kate Millett. Más bien la mujer se solapa con el coño y esa es la verdadera naturaleza femenina. Uno de los objetivos del subversivo escritor es revelar que dentro de todas y cada una de las mujeres, hay una “puta”. Algunas lo asumen y admiten su inferioridad, y las que no lo hacen y tienen delirios de humanidad merecen algún tipo de desenmascaramiento y correctivo. Ya se encarga el de proporcionárselo y ya se pueden imaginar cómo. Un buen cipotazo siempre pone a las mujeres en su sitio.

En el discurso sexual de Miller la imagen de las mujeres como objetos al servicio del placer masculino emerge como un modelo aceptable para los progresistas y para el izquierdismo “antiburgués” y transgresor. Lo “liberador” de la obra de Miller consiste en considerar el coito como un acto impersonal y sucio con el que se obtiene el sometimiento femenino y considerar a las mujeres como putas cuyo único valor es su coño. Lo liberador es contarlo con gracia y descaro. La mirada crítica de Kate Millett remarca cómo parte de la catarsis liberadora que ofrecían sus libros consistió en expresar lo indecible: la repugnancia, el desprecio, la violencia y la sensación de asco que envuelven la sexualidad desde el punto de vista patriarcal⁹.

3. SULAMITH FIRESTONE Y LA PSEUDO LIBERACIÓN SEXUAL

Sulamith Firestone, la jovencísima autora de *Dialéctica del sexo*, desarrolló la idea, propia del feminismo radical, de que los hombres, aparte de ventajas económicas y políticas, obtenían una importante satisfacción para su ego de la opresión de las mujeres¹⁰. Una de las formas básicas de la construcción de la identidad masculina conlleva la utilización amorosa y sexual de las mujeres. Para satisfacer su ego los hombres necesitan lo que podemos llamar un pequeño harén de mujeres. Y, hasta la revuelta feminista de la segunda ola, las mujeres eran socializadas en la aceptación resignada de esta máxima patriarcal. La mujer lista era la esposa que sabía hacer la vista gorda. Los hombres son así y esto no es susceptible de cambio¹¹. Firestone dibuja un cuadro realmente patético de la situación amorosa de las mujeres de los años sesenta. Básicamente desarrolla dos ideas en torno al amor y el sexo, cara y cruz de la misma moneda. Por un lado, las mujeres no tienen otra fuente de aprobación personal y colectiva que la que proviene de que los hombres las seleccionen como parejas. Como

⁹ Kate Millett, *op. cit.*, págs. 403-408

¹⁰ Cfr. Sulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*, Barcelona, Kairós, 1973.

¹¹ George Simmell, el reputado sociólogo alemán sostenía que los hombres podían ser infieles físicamente sin serlo psíquicamente, por lo que lo suyo carecía de importancia. No así, las mujeres, cuyos cuernos involucran a todo su ser, al no estar diferenciadas internamente. Lo que hay que leer en filosofía.

subraya Celia Amorós, el hombre, al elegir una para sí literalmente la eleva del magma indiferenciado de las idénticas, la saca del arroyo en que chapotean las chicas casaderas¹². Si a esta necesidad material y simbólica de las chicas de casarse, se une al deseo de los hombres de conquistar mujeres, la consecuencia es que los hombres pueden manipular los sentimientos de las mujeres con facilidad.

¿Por qué necesitan los hombres seducir a cuantas más mujeres mejor? Tener amantes, ir con prostitutas. De forma resumida podemos decir que los hombres necesitan pareja, una esposa para sentirse bien emocionalmente, fundar una familia y ser respetables. Pero no pueden llegar a experimentar dependencia emocional de una “inferior”, lo que les llevaría a cuestionar su masculinidad. Las relaciones con varias mujeres, aparte de otras posibles gratificaciones, evita sus sentimientos de dependencia y refuerza su sensación de poder y dominio. Para eso son miembros del primer sexo. Los análisis de Firestone, cuya lectura recomendamos, están repletos de ideas agudas y sugerentes. Dejamos constancia de sus descripciones de la frustración de las chicas jóvenes y “liberadas” en sus “aventuras” con los hombres casados, y, muy especialmente, de la disección que hace de los sentimientos de las sufridas esposas hacia sus maridos. En realidad, ellas conocen sus manejos y aventuras con otras mujeres, pero también son las molestas testigos de su vulnerabilidad personal; pueden llegar a despreciarles pero tienen que aguantar porque no hay salida profesional y social para ellas fuera del matrimonio. Mejor dicho, la salida fue la de unirse al feminismo para cambiar la sociedad.

Sulamith Firestone también incidirá en las dimensiones patriarcales de la nueva normativa sexual y mantendrá, de la mano de Herbert Marcuse, que la pseudo liberación sexual trae nuevos problemas a las mujeres. Firestone explicó parte de los problemas que subyacen a las relaciones de los hombres con las mujeres: los hombres no pueden sentir atracción sexual solamente por las mujeres con que contraen matrimonio. Casi al contrario, casarse, elegir sólo desencadena una mayor atracción por las restantes¹³.

Firestone denunció el fraude que suponía la actitud de muchos hombres ante la liberación sexual de las mujeres. Al principio muchas creyeron posible vivir el sexo con los hombres de forma más libre y espontánea, sin esperar al matrimonio o un compromiso formal. La sexualidad formó parte de la disposición a la aventura y la exploración, la apertura al otro. Sin embargo, la sensación de haber caído en una trampa en que la reciprocidad no se encontraba por ningún lado acabó con algunas esperanzas iniciales. Las mujeres “liberadas” acababan convertidas en las amantes de los hombres casados, utilizadas recurrentemente como proveedoras de “aventuras” y una “variedad sexual” que alegraba las vidas de unos hombres que directamente las engañaban. “Mi esposa no me comprende”, “tú sí que eres maravillosa”, “si no fuera

¹² Cfr. Celia Amorós, “La dialéctica del sexo” de Sulamith Firestone: modulaciones feministas del freudomarxismo, en Celia Amorós y Ana de Miguel (eds.) *Teoría Feminista. De la Ilustración a la Globalización*, Madrid, Minerva, vol. 2, págs. 69-106.

¹³ Sulamith Firestone, op. cit, págs 167-172.

por mis hijos”. Las chicas emancipadas se vieron a menudo reducidas al papel de las amantes, las chicas alegres que ya no podían plantear exigencias de ningún tipo, ellas mismas “lo querían así”¹⁴.

Sin embargo, y a pesar de su vertiente y deriva patriarcal, la revuelta sexual de los sesenta supuso también el inicio de una actitud más abierta y sana y menos sexista hacia el sexo. Especialmente por parte de las mujeres. En buena lógica feminista unas mujeres que comenzaban a ver su cuerpo, regla incluida, con ojos nuevos no pueden considerar que su sexo sea algo sucio o impuro. Las mujeres, en fin, se dispusieron a conocer sus genitales y, armadas de un espejo ginecológico, se aprestaron a la lectura de la obra “Nuestros cuerpos, nuestras vidas”¹⁵.

4. LAS GUERRAS DEL SEXO DE LOS OCHENTA

Las mujeres lesbianas que teorizaron el lesbianismo político plantearon con fuerza la idea de que la sexualidad de los hombres se había conformado históricamente como una forma de dominación. No sólo, pero en buena medida. Resulta lógico suponer que en un contexto de relaciones jerárquicas la sexualidad no iba a permanecer al margen o intocable, “natural”. Al poner en primer plano el análisis de la violencia sexual -abusos, acosos, violaciones, prostitución- no podían dejar de establecer esa relación, de pensarla y conceptualizarla. En consonancia con estas ideas propusieron explorar nuevas formas de vivir la sexualidad, que desterraran los sesgos machistas del deseo y el placer.

Esta búsqueda de formas alternativas propició las bases para que las mujeres se atrevieran a desafiar un código moral sexual muy arraigado: el código heterosexual y el código prostitucional. Es decir, la normativa que sostiene que los hombres tienen derecho a satisfacer su deseo sexual por medio del acceso a los cuerpos de las mujeres, por un precio pactado y variable. En consecuencia con este tipo de análisis, una de las políticas activistas fue la formación de un frente feminista para combatir la pornografía y la prostitución. Desde la firme creencia de que ambas formaban parte simbólica y material de la reproducción de la opresión de las mujeres. Una obra especialmente importante en el análisis feminista de la prostitución fue la de Kathleen Barry, *La esclavitud sexual de las mujeres*. Sin embargo, muy pronto y desde las mismas filas del lesbianismo esta posición vendría a ser combatida por una forma radicalmente opuesta de ver la sexualidad

Desde otros grupos de mujeres lesbianas se estaba experimentando con formas de sexualidad que se sentían mucho más cercanas a la visión de una parte de la colectividad gay. Un grupo especialmente influyente fue el liderado por Gayle Rubin y Pat Califia -hoy ya Patrick Califia, pues ha transitado del segundo al primer sexo- las

¹⁴ Sulamith Firestone, *op. cit.*, p. 181

¹⁵ Me refiero al hito que marcó la obra del Colectivo de Mujeres de Boston, *Our Bodies, Ourselves*, que se vendía junto con un speculum. Hay varias traducciones al castellano.

dos con una explícita preferencia sexual por las relaciones sadomasoquistas y teóricas y activistas de referencia.

Gayle Rubin, la conocida autora de “Tráfico de mujeres” sería una de las pioneras en mantener que el feminismo radical no comprende, no entiende bien la sexualidad¹⁶. En un artículo tan influyente como el anterior concluyó que existe un sistema de desigualdad basado en la preferencia sexual de las personas, y que el género, como herramienta de análisis, no podía aspirar a explicar esta desigualdad¹⁷. Su idea es sencilla: al igual que el marxismo, como teoría sobre las clases sociales y la desigualdad económica no explica bien la desigualdad de género, las categorías del género no sirven para explicar las desigualdades entre las sexualidades. Igual que en su día el feminismo reclamó su autonomía respecto al marxismo, ahora la nueva teoría de la sexualidad reivindica su autonomía.

Según Rubin existe un sistema de dominación específico que sostiene y reproduce la jerarquía entre las sexualidades. Esta jerarquía sitúa en la cumbre de la aprobación social y el reconocimiento a los heterosexuales no promiscuos, e inmediatamente por debajo a los heterosexuales promiscuos. Luego están los homosexuales no promiscuos y por debajo los promiscuos. Abajo del todo, estigmatizados y deshonrados están los sado maso, las prostitutas, los zoofílicos y otros¹⁸. El artículo de Rubin tuvo mucha influencia porque ella era una figura consagrada del feminismo y porque, además, lo ponía en su “sitio”. Las feministas no tenían, ni mucho menos la última palabra en temas de sexualidad. De hecho las heterosexuales oprimen a las homosexuales y la nueva alianza que se propone quedó sellada en lo que más tarde se llamará “las sexualidades disidentes”. Desde nuestra perspectiva, el tema polémico con el trabajo de Rubin es que unifica de forma conceptual sexualidades basadas en la reciprocidad, como puede ser la preferencia homosexual, con otras que son producto de relaciones de poder como la prostitución y la pedofilia. El resultado es que putas, gays, lesbianas, zoofílicos, sadomasoquistas e incluso pederastas pasan a engrosar una misma categoría porque hay “sexo” o placer para una de las partes implicadas. Pienso que esta posición no se sostiene de forma racional ni moral porque mezcla de forma ilegítima instituciones patriarcales que siempre ha gozado de la estima y la aprobación de los hombres, con los legítimos derechos de las personas a vivir su preferencia sexual por personas del mismo sexo. Como ha escrito Alicia Puleo “El concepto de transgresión esconde una ambigüedad que suscita convergencias basadas en malentendidos. No es lo mismo la transgresión de normas o costumbres equivocadas u opresoras que la

¹⁶ Gayle Rubin, “The Traffic in Women: Notes in the “Política Economy” of “Sex” en Reiter Rayana comps. *Toward an Antropology of Women*, Monthly Review press, Nuev York, 1975. Traducido en *Nueva Antropología*, vol. 8, nº 30, México, 1986.

¹⁷ Gayle Rubin "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality, in Carole Vance, ed., *Pleasure and Danger (Routledge & Kegan, Paul, 1984*. Traducido en Carol S.Vance (ed) *Placer y Peligro*, Madrid, Ed. Revolución, 1989.

¹⁸ Gayle Rubin, op. Cit, págs.138 y siguientes.

transgresión de lo justo”¹⁹.

Como consecuencia de las llamadas “Feminist sex wars” o “Lesbian sex Wars”, ya que la mayor parte de las figuras implicadas en los debates eran lesbianas, la comunidad lesbiana quedó dividida para siempre. Por un lado las aliadas con una parte del movimiento gay y que serían muy activas en la defensa de la pronografía y la prostitución y por otro las lesbianas políticas que continuaron defendiendo las categorías del feminismo radical para estudiar la sexualidad. Esta división se acabó transfiriendo a todo el movimiento feminista. En la década de los ochenta del siglo XX el mundo del feminismo se fraccionó en dos partes antagonistas²⁰.

Con el paso del tiempo la autodenominada postura autodenominada “pro sexo” se fue diluyendo para dejar paso a lo que ahora conocemos como teoría queer. La tesis de la autonomía de la sexualidad respecto al género iba a comenzar a convertirse en una línea completa de investigación que acabaría triunfando en el mundo académico y de las influyentes universidades de élite norteamericanas. Hasta el punto de que estas universidades cambiaron los nombres de sus departamentos. Ya no son departamento de género sino de “género y sexualidades”. Unir el género a las sexualidades en vez de, por ejemplo, a la economía es toda una posición de principios. Mientras las temibles teóricas de las de sexualidades transgresoras imparten cursos en Harvard y Princeton – conocidos reductos antisistema- las autoras clásicas del feminismo radical como Kate Millett y Sulamith Firestone han sido totalmente relegadas.

El enfoque queer parte de la crítica feminista a la construcción social de los géneros –no se nace mujer, se llega a serlo- para sostener que la proliferación de géneros, en clave de parodia, traerá consigo la muerte del sistema heteropatriarcal, al menos en el nivel simbólico²¹. De esta premisa se siguen políticas activistas que van desde los juegos sexuales de roles, cambios en las formas de vestir, de autodenominarse, en femenino o en masculino, de operarse y cambiarse de sexo hasta las políticas de apoyo a todo tipo de fobias y estigmatizaciones de la diversidad sexual. Como ya señalara Gracia Trujillo, no hay que ver lo queer como un bloque homogéneo. Más bien como un conjunto de prácticas que subvierten la rigidez de las identidades sexuales, y que ponen en marcha procesos simbólicos y materiales

¹⁹ Alicia Puleo, *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Madrid, Cátedra, 2011, p. 256

²⁰ Para profundizar en las dos posturas recomendamos la obra de Sheila Jeffreys, *La herejía lesbiana*, Madrid, Cátedra, 1996 y la de Raquel Osborne. *Las mujeres en la encrucijada de su sexualidad*, La Sal, 1989.

²¹ La tesis de que la definición de lo que sea una mujer y un hombre está social e históricamente construido, es ya el núcleo del feminismo del diecinueve, incluso de la obra de Mary Wollstonecraft. Estamos de acuerdo con Luisa Posada en que, sin embargo, muchas estudiantes y jóvenes feministas ¡creen que es una tesis de Judith Butler y de la teoría queer!. Cfr. Luisa Posada, “Teoría queer en el contexto español. Reflexiones desde el feminismo”, *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, nº 63, 2014, 147-158.

liberadores²². Pero, no tendría que hacer falta decirlo, no todas las identidades, por el simple hecho de serlo son subversivas, baste pensar en la identidad pederasta. Por otro lado, un enfoque como el queer, que comenzó trayendo aire fresco a los debates, parece dar muestras de repetición y estancamiento. De alguna manera, al mantener que las algunas prácticas sexuales son la forma más eficaz de luchar contra el heteropatriarcado, se ve abocado a buscar “epatar” y “transgredir” como sea.

Por otro lado, también se ha ido enfatizando la identificación entre sistema patriarcal y sistema de prácticas sexuales, con lo que el cambio de la vida sexual parece implicar el cambio del sistema. Uno de los supuestos en que reposa ese enfoque es el de que hay prácticas y preferencias sexuales que son transgresoras, intrínsecamente transgresoras. Hay que someter a crítica esta tesis, porque se nos dice que el sexo, por ejemplo el sexo anal, es transgresor, pero transgresor de qué en concreto. El ano sería un centro de placer y equidad entre las diversidades sexuales, porque ano, mira por dónde, tenemos todas y todos. La pregunta relevante es ¿quién y por qué tiene poder para definir lo que es subversivo y transgresor en prácticas sexuales?, ¿un mercado siempre abierto al escándalo y la exhibición de la vida sexual de las personas? Es posible ilustrar este interrogante con un texto de una de las representantes de la teoría queer, Beatriz Preciado, que también parece haber transitado al primer sexo y ahora es Paul B. Preciado:

“Desde niña poseo una polla fantasmática de obrero. Reacciono a casi cualquier culo que se mueve. Me da lo mismo que sean culos de niña o de mamá, de burguesa o de paisana, de marica, de monja, de lesbiana o de zorra. La respuesta es inmediata en mi sexo cerebral. Todas las chicas, las más guapas, las más heterosexuales, esas que esperan a un príncipe azul naturalmente testosteronado, están en realidad destinadas, aún sin saberlo, a volverse perras penetradas por mis dildos. Hasta los doce años estoy en un colegio no mixto y católico. Un verdadero paraíso lésbico. Las mejores niñas son para mí. Antes de haber tenido la ocasión de cruzar la calle y encontrarse con los niños del colegio de enfrente, ya han metido su lengua dentro de mi boca. Son más.”²³

Este texto es sorprendentemente similar a los de Henry Miller que analizamos anteriormente. Forma parte del subgénero en que los hombres muestran sus encuentros sexuales con las mujeres como si estas hubieran devenido tontas perdidas, seres inferiores y manipulables. Y cabe preguntarse, ¿es diferente el contenido del texto porque en vez de escribirlo un hombre misógino y patriarcal lo escriba una señora que se declara lesbiana, feminista, queer? ¿Acaso quién escribe transforma químicamente el contenido de lo que se escribe?

²² Gracia Trujillo, “Del Sujeto político la Mujer a la agencia de las otras mujeres: el impacto de la crítica queer en el feminismo del Estado Español, en *Política y Sociedad*, vol. 46, nº 1 y 2, 2009.

²³ Beatriz Preciado, “Alfa hembras” en *Testo yonqui*, Espasa, 2000.

5. DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL AL MERCADO DEL SEXO PATRIARCAL

Lo que está hoy en juego no es una cuestión de ser pro sexo o antisexo. En realidad nunca lo fue. Siempre fue una cuestión de visiones distintas en torno a la sexualidad. Hoy el sexo está hasta en la sopa, en todas sus formas y supuestas transgresiones. Las prácticas sexuales han pasado a la luz de una manera tan abierta y pública que hasta el filósofo Michel Foucault se quedaría bien sorprendido²⁴. Desde espacios muy diversos se observa una decidida y consciente voluntad por situar la sexualidad en un lugar cada vez más central de nuestra identidad y de nuestras vidas. No es fácil leer un diario, ver la televisión o escuchar la radio sin recibir mensajes sobre cómo debemos vivir nuestra vida sexual. El sexo se ha convertido en un lugar común tanto en la cultura popular como en la académica.

Ante esta omnipresencia de la sexualidad nuestra pregunta sobre el género de la sexualidad cobra especial relevancia. La sexualidad está megageneralizada. Esta idea forma parte de la tradición feminista, pero si algo se trata de obviar hoy día, en los nuevos discursos que pugnan por redefinir la sexualidad, es precisamente esto, el hecho de que la sexualidad tiene género. Es la herencia del planteamiento de Rubin. Voy a poner un ejemplo de partida, el de la prostitución. Tanto la poderosa industria del sexo sexista, como voces de prestigiosas profesoras universitarias, como grupos “transgresores y subversivos” coinciden en la machacona idea de hablar de “trabajador@s sexuales” o de definir la prostitución como el intercambio entre “dinero y servicios sexuales”. En ambos casos se invisibiliza el género: el hecho de que son mujeres las prostituídas, y, sobre todo, que son hombres los que pagan. Esta abstracción, alguien paga, alguien recibe, supone un retroceso a los viejos tiempos pre feministas. Por eso encontramos imprescindible el análisis de género de la sexualidad.

6. PORNOGRAFÍA Y PROSTITUCIÓN

La pornografía está hoy omnipresente en la vida cotidiana a través de internet. Un problema con la pornografía es que carece de límites, a libre disposición de cualquier usuario de la red. También que la pornografía, en su abrumadora mayoría, es absolutamente machista y sitúa a las mujeres como “guarras” o tontas perdidas, en la línea en que vimos lo hacía Henry Miller. Uno de los resultados es que hoy, con el poder amplificador de internet, los chicos y los hombres están recibiendo el mensaje de que las mujeres son objetos sexuales a su alcance.

El pensamiento crítico tiene que retornar al área de la sexualidad más allá del mandato de “celebrar las diversidades” y acatar la idea, un tanto simplona y poco elaborada, de que “el sexo es bueno”. La crítica es siempre necesaria, más lo será en un terreno en que el sexismo y el dinero campan a sus anchas. Pero el problema real es el

²⁴ Cfr. Michael Foucault, *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

de la imposición de la pornografía como sexualidad normativa y hegemónica. Las jóvenes no están encontrando argumentos con los que oponerse a este modelo de sexualidad, que, como ha señalado Walter, es el de la prostitución: desprovisto de elección, de reciprocidad y de emociones.²⁵ Ni siquiera la atracción sexual cuenta como componente. El mandato normativo no es ya desvincular amor de sexualidad, es desvincular la sexualidad de la misma atracción sexual particularizada.

Cuando se aborda el tema de la pornografía, la conversación suele derivar, casi siempre, al tema de la voluntariedad y el consentimiento. Se argumenta que son muchas las jóvenes que ponen sus fotos desnudas de forma voluntaria en la red. También que son muchas las cantantes que cantan semidesnudas, las actrices que sacan beneficios de posar desnudas. Se interpreta casi como una ventaja que favorece injustamente a las mujeres. En la misma línea puede hablarse de las ventajas que obtienen las chicas al entrar gratis en las discotecas, frente a los chicos, que tienen que pagar. Las ventajas de que algunas discotecas les inviten a beber si hacen fellationes o un strip-tease en público. Es decir, se interpreta como una ventaja el que las jóvenes puedan mercantilizar y sacar provecho de su cuerpo.

Desde luego que se puede mercantilizar el cuerpo de las mujeres. La poderosa industria del sexo patriarcal, organizada en grupos de interés y lobbys, lleva años haciéndolo. Pero es algo que, a pesar de su normalización debe hacerse de manera implícita. O, de manera más precisa, no debe hacerse público en la esfera de debate de la ciudadanía. En este tema, pensamos, sucede algo similar a lo que sucedía hace años con la violencia contra las mujeres. Existe, pero hay que hacer como si fuera un problema u opción personal de las personas o parejas afectadas. No es un tema político, que sea de buen gusto sacar de la esfera de lo privado. Para expresar mejor esta idea queremos poner en relación la pornografía con un tipo de comportamiento que cada día es más popular en las redes: la apología del uso sexual de las mujeres. En concreto con los cursillos y lecciones sobre cómo obtener provecho sexual de las mujeres.

Los blogs misóginos cunden en la red y tienen un éxito notable. Hay un señor, de apellido Blanc, que viaja por el mundo ofreciendo seminarios y clases sobre cómo usar sexualmente a las mujeres. Su mérito es que ha conseguido llamar la atención de los medios y de los gobiernos. Incluso le han llegado a prohibir entrar en algunos países, como Australia: "Este tipo exponía abusos humillantes para las mujeres, y eso son valores que aborrecemos en este país"²⁶. Incluso se puso en marcha una campaña internacional con iniciativas que han llegado a change.org y la reputada prensa seria²⁷. Sus seminarios se cancelaron en varios países, incluido Japón. ¿Qué hace o dice Blanc que resulta tan intolerable para los gobiernos? Utiliza frases como "las mujeres más

²⁵ Natasha Walter, *Muñecas vivientes. El retorno del sexismo*, Madrid, Turner Noema, 2010, p. 129

²⁶ "La cruzada contra el hombre más odiado del mundo" en *El País*, consultado el 13 de Noviembre de 2014

²⁷ Periódicos tan conocidos como *The Guardian* y *The Independent*. Hasta se ha difundido el hashtag #TakeDownJulienBlanc que lo acusa de ser "un depredador sexual racista".

calientes son las más inseguras, así que no olvides tratarlas como basura" o "es mucho más fácil tratarla como una mierda si la objetualizas primero". Pero es preciso tomar distancia y reflexionar sobre estas palabras: si parece reprobable que un hombre imparta seminarios en que salen imágenes en que pone las cabezas de las mujeres en su pene (head on dick) y las manda callar, ¿cómo al tiempo los gobiernos no hacen nada para frenar el acceso libre a imágenes y palabras mucho peores que aparecen en las webs de pornografía? Cabría preguntar al gobierno australiano, ¿pero es que no visitan ustedes las páginas en que los puteros hacen comentarios sobre las mujeres que están en los locales de prostitución que ustedes han legalizado? La hipocresía parece espectacular²⁸. En internet abundan las webs de puteros que hablan de manera mucho más cruda del "material" que han usado que la de estos impartidores de blogs machistas. Y que tanto han escandalizado a la opinión pública y los gobiernos.

Es como si la educación sexual pornográfica, que perpetúa la sumisión sexual de las mujeres, sólo resultase dañina si se hace de forma explícita. El error de este profesor ha sido legitimar en público y de forma abierta lo que es el mensaje de la industria sexual patriarcal: tienes derecho a disfrutar virtualmente de los cuerpos de las mujeres y tienes derecho a acceder a ellas de forma real con la prostitución. Estas lecciones de legitimación en el machismo tardío se abordan de manera cuasi académica. Nuestra pregunta es, ¿por qué preocupan estos individuos aislados y se baja la cabeza ante la industria del porno y la prostitución, que es mucho más masiva y abierta y que está al alcance de niñas y niños.

El camino que sigue la prostitución en nuestras sociedades es similar al de la pornografía. Un camino de intromisión en la vida cotidiana, de normalización y legalización. Hace años, y a raíz de la revolución sexual iniciada en los sesenta - las nuevas libertades sexuales, que van desde el progresivo descenso de la edad de comienzo de las relaciones sexuales hasta la aparición de secciones fijas de consejos y recomendaciones sobre prácticas sexuales en los blogs de todos los periódicos- lo esperable era la práctica desaparición de la prostitución. Y, sin embargo, con la globalización el tráfico de chicas y mujeres se ha convertido en un gran negocio internacional de las mafias, junto con el tráfico de armas y el tráfico de drogas. Hoy en día perviven y se han radicalizado las dos posturas enfrentadas en este tema en las "guerras del sexo" de los ochenta. Por un lado y desde una postura cercana tanto a lo queer como al neoliberalismo, se argumenta desde la tesis de que la prostitución es un trabajo más, que todo y por supuesto el cuerpo debe entrar en el mercado capitalista donde se intercambian servicios por dinero y que hay mujeres que optan libremente por esta actividad y por tanto hay que regularla. Por otro lado está la postura abolicionista.

²⁸ En la misma noticia también se hacen eco de un seguidor español de Blanc. No es un hecho aislado, donde hay negocio hay emprendedores y emprendedoras. España y seguramente otros países tienen también su propio mini Blanc. En estos cursos de machismo a 300 euros se dan consejos del tipo "no esperes su permiso. Siéntete con derecho para hacer lo que quieres. Pedir permiso es síntoma de inseguridad". En realidad estamos en lo de siempre, ¿cuántas veces no hemos oído estos consejos en el cine o en las novelas? Y no de forma crítica.

La prostitución no es comparable a ningún otro trabajo, por eso, entre otras cosas no es ni puede ser estudiado como profesión en los centros públicos de enseñanza. Esta postura plantea con radicalidad la investigación de lo que realmente subyace a la prostitución de las mujeres y como ideal último la desaparición de la misma. También se defiende que la sexualización de las mujeres y su comercialización es hoy, en los tiempos de la igualdad formal, uno de los mecanismos fundamentales de reproducción de la desigualdad sexual²⁹.

La práctica de la prostitución, refuerza la concepción de las chicas/mujeres como cuerpos y trozos de cuerpos de los que es normal disponer y de los que no importa preguntarse cómo ni por qué están ahí. El hecho de que los varones busquen y encuentren placer sexual de personas que obviamente no les desean en absoluto es, sin duda, una importante materia de reflexión sobre el abismo que se abre bajo la aparente igualdad y reciprocidad en las expectativas y vivencias sobre la sexualidad. Esta despersonalización de seres humanos, a veces muy jóvenes y en su mayoría inmigrantes de todas las etnias y países empobrecidos supone, aparte de la inmoralidad que pueda significar, la reproducción activa de las identidades más arcaicas y conservadoras del patriarcado: por un lado están las mujeres madres y esposas e hijas, por no hablar de la vuelta al rosa y al azul, y por otro las putas, las mujeres que al no ser de ninguno pueden ser de todos, las célebres “mujeres públicas”.

Sin embargo, y aunque por razones de espacio no podemos profundizar en el tema, desde el mundo de la creación –películas, series de televisión– se está machacando con el tema de “las chicas alegres” como un mandato que hay que aceptar: es normal y deseable buscar placer en la necesidad ajena. Realmente las generaciones más jóvenes, que son llamadas a la transgresión y viven muy mal el insulto de “puritana, frígida, reprimida”, están desarmadas teóricamente para interpretar como parte del sistema de dominación patriarcal un comportamiento que bajo la apariencia de posmodernidad remite a las más rancias y antiguas imposiciones patriarcales. Al mismo tiempo también se acompaña del mensaje “es inevitable”, es la profesión más vieja del mundo. Pensamos que hoy la diferencia no está entre chicas buenas y chicas malas, está entre chicas que pueden controlar el acceso a sus cuerpos y las que no. La prostitución de las segundas se legitima, en general, con la frivolidad de las primeras. La Julia Roberts de *Pretty Woman* idealiza y glamouriza la prostitución y refuerza la idea de que es un trabajo libre y maravilloso³⁰. Las prostitutas reales, a la vista está, aguantan en las carreteras, en los polígonos y las habitaciones de los burdeles.

El problema, volviendo al debate teórico, reside en que en el “post feminismo” y el enfoque queer, el concepto de *libre elección o consentimiento* se ha convertido en el tema central de las argumentaciones, y a menudo el punto final de las mismas. Yo lo he elegido, no hay problema. Sin embargo, es posible argumentar, como ya hiciera en su

²⁹ Cfr. Ana de Miguel, “La prostitución de mujeres, una escuela de desigualdad humana”, *Dilemata. Revista Internacional de éticas aplicadas*, nº 16.

³⁰ Remitimos a las obras de Pilar Aguilar sobre la idealización de la prostitución en el cine.

día Simone De Beauvoir, que ningún sistema de dominación se mantiene sin la complicidad de los sometidos. Cuando las feministas de los sesenta boicoteaban la elección de *Miss America*, hacían patente la mercantilización de los cuerpos de las mujeres. Y claro que sabían que las candidatas a Miss se presentaban voluntariamente. Lo que no se le ocurría a nadie, menos a las feministas, era mantener que el concurso, “empoderaba a las mujeres”. Pues esto es, exactamente, lo que hace hoy día una parte del feminismo con la pornografía y la prostitución. Mantener que como hay dinero por medio, empodera a las mujeres. Algunas artistas que ganan mucho dinero por desnudarse o contar su vida sexual desempeñan un papel importante para legitimar esta nueva normativa sexual. Pero algo tiene que estar claro: que una mujer gane dinero con lo que hace, sea una mujer heterosexual, lesbiana o transexual, no hace de ello un acto ni subversivo ni feminista. Haya o no haya sexo por el medio.

¿Qué está hoy en juego? La cuestión importante que está en juego es el enfrentamiento entre una concepción neoliberal de la sexualidad en que todo vale si hay dinero y “consentimiento” por el medio y una concepción radical y estructural de la sexualidad. Una concepción en que no se estudian las decisiones de las personas como decisiones aisladas y donde se considera que las estructuras normativa y coactivas determinan a favor del sistema de dominación las elecciones de los individuos. En palabras de Megan Murphy la brecha no está en ver el sexo como algo positivo o negativo está entre una visión neoliberal y una visión radical de la sexualidad³¹. El consentimiento y el dinero se limitan a hacer aceptable lo inaceptable.

7. ¿ES UNA BUENA ESTRATEGIA *THE SLUTWALK*?

En este mundo globalizado y neoliberal las mujeres continúan soportando humillaciones y abusos, violencia sexual en su vida cotidiana. Y no sólo en los patriarcados de coacción o duros, también en los patriarcados blandos o basados en el consentimiento. El tema de la persistencia de las violaciones en los campus de las universidades de Estados Unidos como una tradición difícil de erradicar es una prueba de ello. Hoy día, las jóvenes vuelven sus ojos a feminismo intentando encontrar una explicación y una estrategia y encuentran, como en el tema de la prostitución, dos enfoques totalmente distintos. Por un lado, una posición en la tradición del feminismo radical que explica cómo el libre acceso al cuerpo de las mujeres es uno de los mandatos del patriarcado. Los hombres tienen derecho a una dosis de mujeres desnudas e insinuantes. El mercado a proporcionárselas. Esta es una idea clara y distinta, cartesiana, que pueden contrastar con la realidad. Por otro lado, emerge una

³¹Megan Murphy “The Divide isn’t between sex negative and sex positive feminists is between liberal and radical feminism” en *Feminist Current*, April 11, 2014 <http://feministcurrent.com/8879/the-divide-isnt-between-sex-negative-and-sex-positive-feminists-its-between-liberals-and-radicals/>

posición que trata de redefinir a las mujeres en “sujetos sexuales” aun cuando la imagen de las mismas sea muy similar a la de “objetos sexuales” de siempre: mujeres desnudas e insinuantes ante hombres vestidos. Actrices y cantantes que se declaran feministas rivalicen en sexualizar su imagen y hacer reportajes de porno blando para promocionar sus carreras. Pero el caso es que suelen conseguir sus objetivos, al menos a corto plazo. Salen desnudas y objetualizan sus cuerpos y defienden su “derecho” a posar desnudas para *Vanity Fair*. Declaran con desenfado que encuentran viejuna la actitud de preguntarles si para ser cantante hace falta posar en braga y sujetador. Otras declaran hacerlo por su propio placer personal, para defender una causa social o política. Pareciera que de tanto ver mujeres desnudas en público, la capacidad de disparar las ventas y el consumo, de acaparar portadas, se habría agotado, pero no. Parece que el sistema las acoge a todas.

En este contexto de apología del desnudo de las mujeres como práctica de márketing “feminista”, resulta pertinente realizar una reflexión sobre la marcha de las putas y preguntarnos si es una buena estrategia para luchar contra los abusos sexuales contra las mujeres. Esta iniciativa surge en Canadá a raíz de las declaraciones de un policía que hizo explícito lo que más personas parecen pensar: que si las mujeres visten como unas “guarras o zorras” se exponen a provocar abusos sexuales. Frente a esta clara culpabilización de las víctimas de la violencia y el abuso se planteó una iniciativa denominada *The SlutWalk*, cuya traducción real al castellano sería “la marcha de las guarras” o “la marcha de las zorras”. Las marchas están conociendo un notable éxito de convocatoria y de atención en los medios de comunicación. Como casi siempre que las mujeres posan con poca ropa. Pensamos que no es posible no estar de acuerdo con el fondo de la cuestión que plantea la marcha. “Cuando una mujer dice no es no”. Las mujeres tienen derecho a vestir como quieran.

Sin embargo, nos parece importante plantear un debate tanto sobre la pertinencia de la traducción al castellano, que ha sido como “Marcha de las putas” y sobre la estrategia de redefinir y neutralizar la palabra “puta” como un significado positivo para la lucha feminista. En este sentido nos parece muy interesante recoger el análisis de la marcha que han realizado las *Black Women’s Blue Print*. Las mujeres de estas agrupaciones comienzan felicitando a las organizadoras por el objetivo de la campaña, el poder de convocatoria logrado, el internacionalismo y el haber triunfado en los medios. A continuación hacen una clara impugnación de la forma y tal vez también del fondo de la campaña.

En tanto que mujeres y negras, explican que no han encontrado ningún espacio para ellas en las SlutWalk o Marcha de las Guarras. Dejan claro su desacuerdo con la forma de la movilización: “Estamos perplejas ante la utilización del término “guarra” – slut y las implicaciones de esa palabra; es algo así como si dijéramos que hay que recuperar la palabra “perra” o “negrata”. La manera en que se nos percibe y lo que nos pasa, antes, durante y después de una agresión sexual va mucho más allá de la forma de

vestir”³². Este es un argumento que pone el peso en todas las mujeres que son violadas, en todas las partes del mundo, sin que ni su vestimenta ni ningún otro elemento accesorio implique significado alguno sobre la condición de la mujer en cuestión. Las mujeres son violadas por la sencilla razón de que son mujeres. A menudo en la esfera de lo privado y por personas próximas o cercanas. Enfatizar la relación abuso sexual / forma de vestir es de un eurocentrismo que creíamos caducado.

También dejan claro su desacuerdo con el fondo de la forma de la movilización: “En tanto que mujeres negras, no tenemos el privilegio ni el espacio para llamarnos “perras” sin validar una ideología históricamente arraigada y un discurso recurrente acerca de “qué” y “quién” es la mujer negra. No tenemos el privilegio de incidir sobre las representaciones destructivas, grabadas a lo largo de generaciones en la conciencia colectiva, acerca de nuestros cuerpos y nuestras almas. Aunque entendemos el impulso positivo que hay tras el uso de la palabra “guarra” como una expresión provocadora para hacer visible un movimiento de rechazo hacia la violación, nos sentimos muy preocupadas”. Ellas que han trabajado para extirpar de la sociedad las expresiones sexistas y racistas no comparten la tesis de las bondades de la mera redefinición lingüística y de vestimenta. “Aunque apoyamos firmemente el derecho de toda mujer a vestirse como quiera, cuando quiera y a ir donde le apetezca, no podemos caminar, ya sea tapadas de la cabeza a los pies o con falda corta, autodenominándonos “putas”... y pensar que eso reforzará la seguridad de las mujeres de nuestras comunidades”. Por otro lado, estas mujeres, algo habitual en muchas feministas negras, se plantean el tema en relación con sus hijas y las generaciones futuras. “No queremos crear confusión entre nuestras hijas haciéndoles creer que podemos reivindicarnos como “guarras”... o con la palabra “perra” con que pretendían deshumanizarnos. No queremos animar a nuestros jóvenes negros, a nuestros padres, a nuestros hijos y a nuestros hermanos a “putear” la identidad de las mujeres negras, trivializando ese término, luciéndolo en camisetas, adhesivos y folletos”³³.

Compartimos la idea de que no toda redefinición es automáticamente emancipadora. Guarra “es sólo una palabra, pero no podemos permitirnos que nos etiqueten con ella: no podemos reivindicar la retórica deshumanizante utilizada contra nosotras”. Quedan estos argumentos para el debate. La voz de las mujeres negras truenan al colocar a sus hijas y el mundo que quieren legar a las nuevas generaciones en el centro del debate.

Por nuestra parte solo añadir un argumento más. El desacuerdo de fondo hunde sus raíces, creo, al menos en los países en que ha sido traducida como marcha de las putas, en una visión totalmente distinta de la prostitución de mujeres. Por ejemplo, en la marcha de las putas en Ecuador el manifiesto expresa que “frente a la constatación de que puta es una palabra que describe

³² “Carta abierta de las Black Women´s Blueprint a la Slutwalk” en <https://acciofeminista26n.wordpress.com/2011/11/24/carta-abierta-de-las-black-women-a-la-slutwalk-marcha-de-las-putas/> consultado el 18/12/2014

³³ *Ibidem*, texto en Internet sin paginación.

múltiples formas de insumisión y autonomía femenina, en particular de insumisión y autonomía sexual, nos asumimos putas”³⁴. Frente a lo que sostiene este texto, pensamos, de acuerdo con la tradición abolicionista iniciada por las feministas del diecinueve, que la palabra puta describe el ideal de sumisión patriarcal. Hemos abordado en otro trabajo el significado patriarcal de la prostitución y resumimos a continuación los elementos básicos del mandato patriarcal: abre las piernas, cierra la boca. Tú me das exactamente igual, es mi placer lo único importante. Por qué razones estés enfrente de mi es igual. No te voy a preguntar, porque es lo último que me importa, si eres de “la trata” o del “libre consentimiento”³⁵. Desde nuestra perspectiva, sacar dinero de la cartera y que la mujer lo coja es el mecanismo que pone en marcha la sumisión de cada mujer prostituida. Ella existe porque existe ese dinero y la voluntad de alguien de dárselo como medio de acceder a su cuerpo. La existencia de la prostituta es la negación de toda autonomía ontológica, existencial. Ella existe porque alguien tiene dinero y ella lo quiere o lo necesita. Por mucho que una mujer quisiera prostituirse, si no hay una persona que la quiera pagar, no existe la prostitución. En este sentido, el cliente la constituye, ella es su producto. Una prostituta no tiene existencia en sí misma, es una existencia relacional. Por otro lado, y como ha argumentado Scott Anderson, una mujer prostituida no tiene autonomía sexual, no tiene la capacidad de decir no a quien quiera acceder a su cuerpo³⁶. En el momento en que una mujer dice no al dinero y al alquiler de su cuerpo ya no es una prostituta.

Por estas razones, es posible objetar que el principio que sustenta la marcha “cuando una mujer dice no es no” no se puede reivindicar en referencia a las características de las mujeres prostituidas, porque las putas son, por definición, las mujeres que no pueden decir no al acceso a su cuerpo. Su propia existencia se identifica con decir sí al uso de su cuerpo para el placer del otro. Eso sí, a cambio de dinero.

8. A MODO DE REFLEXIÓN FINAL, DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL AL MERCADO SEXUAL

La revolución sexual de los años sesenta supuso una palanca necesaria para trastocar una forma de pensar y vivir la sexualidad que se remontaba a la noche de los tiempos. Una para los hombres y otra para las mujeres. Las mujeres criticaron la doble

³⁴ Orlan Cazorla y Miriam Gartor, “La marcha de las putas llena de alegría las calles de Quito”, en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=182775>, consultado el 30 marzo, 2015.

³⁵ Cfr. Ana de Miguel, *op. cit.*, especialmente los epígrafes “Desplazando el debate: del enfoque del consentimiento de las prostituidas a la agencia del cliente prostituidor” y “Visibilizar y teorizar al cliente”

³⁶ Cfr. Scott A. Anderson, “Sexual Autonomy: Making Sense of the Prohibition of Prostitution” en *Ethics*, 112 (4), 2002, pp. 748-780.

moral sexual y sometieron a crítica conceptos como “lo natural” y “lo normal”. Con toda lógica. Los movimientos por la liberación sexual, el movimiento feminista y los de gays y lesbianas pusieron en el debate el tema de la preferencia sexual como una cuestión de justicia y reconocimiento. Pero de ahí no se sigue que todo comportamiento sea, por el hecho de ser “sexual” moralmente aceptable.

Sin embargo, una parte de este pensamiento evolucionó a mantener que las preferencias y prácticas sexuales son una parte fundamental de la identidad humana y que la crítica a todo deseo sexual está injustificada y es opresiva. Desde nuestra perspectiva, el deseo sexual como toda relación entre personas tiene que estar sujeto a límites. Ni la pederastia, ni la prostitución, ni el acoso sexual, ni la violación tienen nada de tolerable. Todas ellas son relaciones que se basan en el abuso y las relaciones de poder.

La voluntad de colocar la sexualidad en el centro de la identidad humana es un buen negocio para la mayor parte de las personas implicadas en hacerlo. También desde el feminismo hay voces que defienden que a las mujeres les empodera convertir sus cuerpos en mercancías. La unión entre negocio y neoliberalismo sexual –todo vale si hay dinero por medio, todo vale si hay sexo por medio- ha conseguido acallar los puntos de vista críticos con una sexualidad entendida como producto de consumo y que fomenta la desigualdad y el uso del cuerpo del otro. El deseo personal es lo único que cuenta. Siempre que se tenga dinero en la cartera. Y, además, esta sexualidad se presenta como transgresora y antisistema. Cuando, en realidad, sus defensoras no dejan de dar cursos en Harvard y ¡otros peligrosos lugares antisistema!

Cabe preguntarse si hay que volver, entonces, a hablar de una sexualidad normal y otra anormal. Ni mucho menos, la pregunta relevante no es si tal conducta es normal o no, sino sobre los límites que hay que poner al poder y a los que detentan ese poder en su afán de acceder a los cuerpos que desean. El sexo sitúa en relación a seres humanos y como sucede en todas las relaciones puede darse el abuso y la dominación. En consecuencia, el sexo es una relación objeto de la reflexión filosófica y moral. La pregunta pertinente no es si nos parece normal o no que a un señor le atraigan sexualmente los niños, las ovejas o los zapatos. La pregunta pertinente es por los límites al poder y los deseos del poder. Y el terreno de la filosofía, la moral y la política es el idóneo para pensar, debatir y sostener que no todo tiene justificación ni todo es igualmente valioso.